

## SEXTO ARTICULO

### VOCABULARIO POLITICO

#### LIBERTAD

Incompleto quedaría el cuadro de la revolución americana, si no hiciéramos perceptible el sombrío colorido comunicado a su fondo por ciertas palabras vagas y apasionadas, expresión fiel de las ideas confusas que dominaron a sus directores. Sea en lo físico, sea en lo moral, el hombre se cansa de lo antiguo, aunque sea bueno, para preferir lo nuevo, aunque sea inferior: así como deja, según nota Salvá, los hermosos caracteres latinos para usar las feas letras góticas, abjura también de las ideas claras y verdaderas para preconizar las oscuras y falsas. En su anhelo por la novedad, en su ansia por ofrecer a su semejante algo que lo constituya novador, traspasa frecuentemente los límites fijados a su inteligencia, para introducirse, orgulloso, en los dominios exclusivos de la Sabiduría Increada; ofúscase allí con la majestad del Infinito; se forma ideas confusas de los principios que investiga; y los expresa, porsupuesto, con palabras vagas, pero cubiertas con el brillo de la verdad que acaba de contemplar y propias, por lo mismo, para causar fascinaciones y extravíos. Esas palabras producen siempre su funesto efecto, extravían-do a los pueblos que las reciben y a los hombres que las ponen en boga.

Desde luego los pueblos son lógicos. Para ellos toda palabra nueva expresa una idea nueva: son también prácticos, y fijan el significado de las voces por los hechos que presencian y no por definiciones filo-

sóficas; pero, más que todo, son hijos de Adán, y se inclinan a acoger como verdaderas las significaciones que más convienen a sus intereses y pasiones del momento. Algunos ejemplos harán más perceptible nuestra idea.

Dése al pueblo la palabra **filantropía**. En vano se tomará empeño en que la confunda con **caridad**. El no sabrá decir que ésta es el amor del prójimo en Dios y por Dios, y aquélla el simple amor del hombre por el hombre; pero nunca las tomará por sinónimos. Es palabra nueva, dirá, y debe expresar idea nueva. Ofrezcasele la voz **federación** diciéndole que significa liga y unión de pueblos. Si ve que se la emplea para expresar el fraccionamiento de una nación en estados, la palabra significará para él lo contrario de lo que indica su etimología. En estos dos casos es lógico: veámosle ahora apasionado. Emplead para con él la expresión **soberanía del pueblo**. No haya miedo que en este caso acepte el sustantivo **pueblo** como sinónimo de nación, según lo definen las leyes de Partida, diciendo ser: **el ayuntamiento de todos los homes comunalmente, de los mayores e de los medianos e de los menores**; no: lo tomará por la parte ignorante de la sociedad en oposición a la ilustrada; por la clase pobre en oposición a la rica, o por un grupo mediano de habitaciones por oposición a la ciudad capital; y según que le convenga, hará este sofístico argumento: el pueblo es soberano; yo soy pueblo; luego soy soberano. Pero es evidente que si desde luego se le hubiera dicho soberanía de la sociedad, soberanía de la república, o soberanía de la nación, el sofisma no se le habría ocurrido.

Cada siglo tiene sus palabras favoritas, según los intereses y cuestiones que dividen la sociedad de la época. Al siglo XIX corresponden, entre otras, las de **libertad, igualdad y democracia**. Vamos a estudiarlas por la influencia que han tenido y tienen en la revolución americana.

Varias, y aun contradictorias, son las acepciones de la palabra **libertad** en los idiomas civilizados de oc-

cidente. Los ingleses, que la comprenden mejor en la práctica, no la definen en sus diccionarios de diverso modo ni con más exactitud que sus vecinos. Es que fuera del lenguaje y sobre el lenguaje están las costumbres, los hechos. Por esto la idea que sugiere una voz a cada pueblo, se debe buscar más bien en su historia que en sus tratados de literatura. Los diccionarios franceses, españoles e ingleses dan por primera acepción de la palabra **libertad**, "la facultad que tiene la criatura humana de obrar o no obrar, por la cual es dueño de sus acciones". Sin embargo, la primera idea que la palabra excita en cada uno de ellos no es la misma, ni tampoco la primera que se halla en sus diccionarios.

El francés ve expresado en la voz libertad su derecho a intervenir en el gobierno de la nación. Si él aspira al establecimiento del juicio por jurados, a la creación de la guardia nacional o a la introducción del principio democrático en sus instituciones políticas, el sentimiento que especialmente lo domina no es afirmar el orden, desarrollar la riqueza pública, ni asegurar los derechos civiles. Todo esto lo quiere y lo desea, pero lo ve como consecuencia de su gran pensamiento de tomar él parte en el gobierno. Por esto, en los diccionarios franceses se halla una definición de la palabra libertad, que no se encuentra en los de las otras lenguas: "constitución política de un gobierno en que el pueblo participa del poder legislativo".

El inglés no disputará sobre la definición de la voz; pero si en Londres, en esa gran metrópoli de la libertad, un empleado de policía, violando leyes expresas, allana todos los establecimientos particulares de una de sus más ricas calles, secuestra todos los cuadros obscenos que en ellos se venden, e impone multas y otras penas a los infames especuladores, las autoridades y los pueblos aprueban y aplauden. Ninguno cree que atacar la corrupción sea atacar la libertad ni el derecho; porque la ley, dicen fríamente, **garantiza la libertad para el bien, pero no para el mal**. Si en Nueva York, pueblo de la misma raza, la autoridad local

rompe todas las casas de dos manzanas, despreciando las legales reclamaciones de muchos, para buscar (no más que para buscar) indicios con que descubrir al asesino de un pobre irlandés recientemente inmigrado al país, el pueblo aplaude esa violación de la ley escrita, porque ve que va en ello salvar la ley moral, que es ley sobre toda ley. El erario, es verdad indemniza el daño causado por aquel hecho a los particulares; pero nadie acrimina al funcionario que lo causó.

En caso idéntico, ¿sucedería igual cosa en América española? No; acá, permítasenos decirlo, la acepción predominante de la voz **libertad** es la cuarta que le da el diccionario castellano: **falta de sujeción y subordinación a toda autoridad**. Pero qué, se nos dirá, ¿nuestro pueblo es menos moral que el inglés o el francés? No; pero la historia ha hecho vulgar aquí esa acepción de la voz, sin que el pueblo sea por eso inmoral. El inglés no se distingue ni por su ardor de imaginación ni por la viveza de su inteligencia: su dote característica es su buen sentido práctico. Como lo demuestra su historia, él va siempre de la práctica a las doctrinas y nunca se pierde en las teorías; mientras que los pueblos meridionales descienden de las teorías a sentar doctrinas, y de éstas pretenden pasar luego a la práctica. Así para el inglés, sus costumbres son ley, y la regla de sus costumbres es la moral práctica del Evangelio; al paso que los americanos sacrificamos a las teorías, no sólo nuestras costumbres, sino hasta nuestros principios morales y religiosos. Y por qué? Porque en América dominan el corazón a la cabeza y la imaginación al entendimiento.

El francés, escarmentado por el despotismo real y por los privilegios de la aristocracia y del clero, aspiró a la libertad cuando sus intereses, desarrollados ya, exigían su participación en los negocios públicos. Pidió libertad, sabiendo lo que pedía, y para qué habría de servirle; pero en América española, por grave que fuera la opresión peninsular, el pueblo, acosado a su peso, no la sentía, y ningún inte-

rés creado en la sociedad le inspiraba deseos de conseguir la libertad. No comprendía lo que era ella ni de qué le serviría, cuando la porción ilustrada del país le convidó a gozarla. Sumiso a un poder que creía legítimo, y respetuoso a una religión que consideraba sagrada, se hallaba satisfecho con su suerte. Entonces oyó que a esa autoridad llamaban tiranía, y a esa religión ardid de los tiranos. Predicósele luego que él era soberano, esto es, fuente de la ley, fuente de justicia, y se le enseñó, además, que esa su soberanía era elemento necesario de la libertad. Vienen en seguida las revueltas civiles, y en ellas se cometen atentados horribles contra la autoridad, contra las propiedades, contra las personas y contra el honor, y una y mil veces se le repite que todo eso es **libertad**. En vano los hombres ilustrados explicarán la palabra y consignarán en las leyes sus definiciones filosóficas: todo esto nada vale; que el pueblo forma sus ideas por los hechos y no por los discursos.

¿Y qué nos dan los filósofos y políticos en sus definiciones como punto de partida para hacernos comprender la libertad? Oh! para fascinar a los demás empiezan por fascinarse a sí propios! La libertad, dicen, es el derecho de obrar, sin más límite que el derecho de otro. Bien; ¿pero cuál es ese derecho de otro, quién lo define, quién lo determina? La mayoría. Ah! sí; mas, si esa mayoría que da la cicuta a Sócrates y el destierro a Arístides, y que, amotinada, intenta echar a Colón en las aguas del Atlántico, se llega a equivocar, como acostumbra, ¿cuál será entonces el derecho de otro? Y cuándo dice verdad la mayoría; cuando declara a Cicerón salvador de la república y fundador de Roma, o cuando le destierra, le proscribire, confisca sus bienes y levanta altares a la libertad con los escombros de su palacio? \* Oh! decídnoslo por favor.

---

\* Este pensamiento no es nuestro. En el mismo caso se hallarán muchos otros de que hagamos uso. No citaremos, sin

Mas, no lo diréis, no; porque sobre la mayoría, sobre la humanidad, sobre la creación, hay algo que vale más, infinitamente más que la mayoría, que la humanidad, que la creación; y este algo es Dios, fuente de justicia y de derecho, fuente de santidad, fuente de libertad y único Ser Soberano, porque es el único infalible. Fijémonos en Dios y definiremos la libertad, que es uno de sus atributos, y uno de los caracteres de semejanza entre el hombre y su Creador. Religión y libertad son las dos grandes fuerzas morales del género humano: la libertad lo impulsa, la religión lo guía. Libres nos hizo Aquel que nos formó inocentes y nos dio sometidas la carne al espíritu y las pasiones a la inteligencia. La muerte de la virtud es la muerte de la libertad. La primera herida que recibió la inocencia, fue el primer eslabón en la cadena de la esclavitud; y la hoja de higuera que cubrió la desnudez de nuestros primeros padres, el primer signo externo con que se reconoció el hombre esclavo de otro ser que no era Dios.

Es cierto; la libertad tiene por límite el derecho. Por eso nuestro diccionario la define, en su quinta acepción: "la facultad de decir y hacer todo lo que no se oponga a las leyes ni a las buenas costumbres". Pero el derecho viene de Dios, no de la sociedad, no del hombre, que, no sabiendo cómo ni por qué existe, mal podrá darse a sí propio la ley que rige su existencia. El hombre, la sociedad, tiene leyes que respetar, anteriores a toda legislación positiva: no es él quien haya de dictárselas en virtud de sus conveniencias, ni es él tampoco juez supremo de sus conveniencias.

Fuera de América apenas hay cuestión sobre este punto: los utilitaristas llevan sobre sí el estigma de

---

embargo, los autores porque sería tarea sobre pesada, difícil; hemos leído algo por entretenernos y jamás por estudiar. Así, no recordamos a quién pertenece cada idea que emitimos, tal vez hasta con palabras ajenas. Sirva esta advertencia para excusarnos de la tacha de plagiarios.

una condenación universal. Pero aquí, la revolución, trayendo las heces sociales a la superficie, ha alzado también todos los errores morales que el buen sentido de la humanidad tenía proscritos, y que inficionaban, a lo más, a esa porción desgraciada, sedimento de la especie humana, a que dominan las más feas y vergonzosas pasiones. Pero hoy hay ya un síntoma feliz: la tempestad política y social va a terminar, porque el trastorno moral ha comenzado a ceder. De las filas de uno y otro partido han saltado a la arena, atletas vigorosos del derecho contra la utilidad, como si Dios hubiera escogido apóstoles de la verdad en ambos, para que todos la escuchen sin prevención. Bienvenidos seáis, oh! bienvenidos! Os saludamos con efusión de gozo. Sed lo que seáis en política, pertenecéis a los nuestros: recibid nuestro abrazo fraterno! La discusión entre nosotros es ya posible, porque hacemos pie sobre el mismo terreno. De hoy más será la libertad, atributo del Ser Infinito, esa libertad que se confunde con su santidad y su inteligencia, la que se ofrezca a la adoración de la cristiana América; sí, no será ya la libertad de Luzbel, la funesta facultad de hacer el mal, la fuerza de atracción que ejercen las pasiones sobre el hombre, la que fascine y arrebate a los hombres encargados de dirigirnos!

Dios, que cuidó de dar leyes a toda la creación física, hasta los más miserables insectos, no olvidó, seguramente, la noble descendencia del infeliz Adán. Como subsisten las colmenas y las tribus de castores, así vive la sociedad humana, en virtud de ciertas leyes que llamamos derecho natural; y como sería error atribuir la conducta de las abejas y demás animales sociales al cálculo y comparación que ellos mismos hicieran de placeres y dolores, lo será también dar tal procedimiento por regla a las sociedades humanas, y más aun, al hombre individualmente tomado.

Estudiando las leyes de la naturaleza en su historia, se advierte que todas se conforman, en primer lugar a la gloria del Creador; en segundo, a la armonía general de la creación; en tercero, a la conserva-

ción y utilidad de las especies; y en cuarto, a la conservación y utilidad del individuo; y que, cuando estos tres principios fundamentales están en colisión, el individuo es sacrificado a la especie; la especie a la armonía del universo; y lógicamente se infiere que el universo y todo lo creado debería sacrificarse también, si fuera preciso, a la gloria de su Autor. Preguntan los utilitaristas burlescamente, en qué consiste esta gloria que ellos no pueden explicarse, porque apenas tienen idea de la mezquina gloria humana. Nosotros les diremos que para definirla sería preciso comprender al Creador; pero les agregaremos: Dios, ser infinitamente inteligente, no hace las cosas sin objeto: creó el universo, luego lo tuvo; y como no hay ninguno digno de Dios, sino Dios mismo, este fin, que nosotros no podemos comprender ni explicar, es lo que llamamos gloria del Creador.

Observadores superficiales han notado, desde luego, que las leyes que rigen al hombre van frecuentemente de acuerdo con la utilidad del individuo, y de aquí han sacado por inferencia que la utilidad debe ser regla de moral; pero no han advertido que intuitivamente, sin cálculo previo, el individuo se sacrifica gustoso por la familia, y el ciudadano se siente arrastrado a morir por la patria, como la abeja por el enjambre; ni se han fijado tampoco en ese unánime aplauso con que la humanidad, en todas sus lenguas, glorifica el martirio del hombre por su Dios, y, sobre todo, han olvidado que el hombre es más que un animal, un ser inteligente y perfectible.

Talvez, estudiando la naturaleza, pudiera determinarse *a priori* el principio y fundamento de las leyes que rigen al animal sociable, inclusive el hombre mismo; porque, al fin, la inteligencia humana, como superior a la materia, es capaz de descubrir y comprender las leyes de la creación material; pero el principio de la ley del hombre como ser inteligente, no podemos hallarlo ni comprenderlo con nuestros propios recursos; porque el hombre espíritu es inescrutable para el hombre, como la abeja, ser puramente



animal, es inescrutable para la abeja misma. Hay en el hombre dos naturalezas, y si se nos permite en favor de la claridad, dos seres: el animal sociable como las abejas y castores, que se rige por la ley física que llamamos instinto, y el ser espiritual, sociable como los ángeles en Dios y aun con Dios, que obra como espíritu, conforme a las leyes del espíritu. Este ser que piensa dentro de nosotros, que reflexiona, que tiene idea de lo infinito, de lo bello, de lo eterno; que adelanta sus conocimientos y los trasmite hasta las más remotas generaciones; que se lanza a los espacios, penetra por entre la muchedumbre de los astros, y dejando tras sí todos los firmamentos, se lanza más allá, y, olvidado del cuerpo en que vive prisionero, se abisma en el infinito y establece relaciones con Dios mismo y goza de los atributos de la Divinidad, ¡oh! esto no es materia! el sentido íntimo nos dice que es algo divino, y la revelación nos enseña que es un soplo de Dios. ¿Qué es el cerebro del hombre? Unas pocas pulgadas cúbicas de materia. ¿Y será este miserable puñado de sustancia corruptible quien piensa, quien recorre y mide los espacios, pide a la naturaleza sus secretos, descubre sus leyes y organiza con ellas de nuevo el universo? Decir esto, es tan absurdo como pretender haber vaciado el mar en el hueco de la mano!

Sí, hay en el hombre dos seres, y hay en el mundo dos leyes: la ley física y la ley moral. Así como la una domina la creación material, de manera que toda se mueve en derredor de un centro común; así también todos los espíritus que no animan cuerpos mortales, y todos los demás seres racionales que pueden poblar (si Dios lo ha querido) los millones de millares de globos que tachonan la inmensidad de los espacios, tienen su ley común, que llamamos justicia, y tienen un centro común, que es Dios. Para ponernos en aptitud de obedecer a esta ley moral, someternos estrictamente a ella y practicarla sin subordinarla nunca a la ley física, se nos dio la libertad; y de nuestro esfuerzo para obedecerla depende nuestro per-

feccionamiento siempre relativo, jamás absoluto, porque la perfección absoluta sólo es de Dios. Bien desgraciado será aquel que no haya experimentado alguna vez en su vida esa inefable situación en que deja al alma el testimonio de una acción virtuosa; es decir, la conciencia de haber hecho predominar la ley moral sobre los instintos y las pasiones en rebeldía. No es placer, no es deleite ni causa de placer ni de deleite; pero es satisfacción, felicidad. En medio del dolor y sufrimiento físico, se siente el espíritu tranquilo: algo parecido al estado en que nos pone la absorción del éter: como que el alma se ha ensanchado y el cuerpo ha perdido de su peso. Al hablar de la ley moral como en oposición con la física, estamos lejos de querer atribuir imperfección a la obra del Creador. Esas dos leyes quedaron primitivamente en completo equilibrio: fue preciso que el hombre lo rompiera, prestando oído a la pasión del orgullo excitada por un espíritu de naturaleza superior al suyo: fue preciso que el hombre abusara de su libertad. Entonces se efectuó esa revolución que nos atormenta y nos obliga a hacer esfuerzos para obedecer la ley moral, sin poder explicar en lo que consiste, porque ignoramos las relaciones del alma con el cuerpo y cómo el cuerpo ejerce su acción sobre el alma.

Pero se nos pregunta con frecuencia: ¿en dónde está esa ley, dónde se estudia? ¿Dónde estudiáis, representaremos nosotros, la ley que rige a las abejas y demás animales? En su historia, en sus costumbres. Pues bien; allí está la humanidad con seis mil años de existencia sobre el globo; estudiad su historia. La ley moral está escrita en la vida, en el corazón, como suele decirse, ora del hombre individuo, ora del hombre especie. Preguntadle a los hijos de todos los climas, de todas las zonas, de todas las razas, qué es justicia? y en los millares de lenguas que se hablan sobre la tierra se os contestará a una voz: dar a cada uno lo que es suyo. Pero preguntadles qué es libertad, y cada cual dará distinta definición; porque la justicia es principio y la libertad consecuencia,

Mas, por qué prevalece tan a menudo el hombre animal sobre el ser inteligente? por qué no son todos justos ni todos conocen la justicia? Este es un fenómeno que prueba la degeneración del hombre moral, pero que lejos de contradecir la existencia de la ley, la confirma. No podemos *a priori* explicarnos ese fenómeno. Imperfectos como somos, no llegaremos nunca en nada al primer principio, porque el primer principio en todas las cosas es Dios, y la criatura no puede comprender al Creador. Por esto, en física y en todas las ciencias, al tratar del principio, se sienta una teoría, y dándola por cierta, hacemos partir de ella todos nuestros razonamientos. Si se pide la explicación del sistema del mundo, se contestará con la **ley de la atracción**. Pero, qué es la atracción? La atracción, se nos contesta, es la atracción. Sin embargo, fuera un necio quien negara la verdad de esa ley, sin exponer otra teoría, que se prestara mejor a la explicación de los fenómenos.

Para explicar el fenómeno del hombre espíritu, supeditado por el hombre animal, hay no una teoría discurrida por determinado sabio, sino un dogma de que todos los pueblos han tenido una noción más o menos clara, pero idéntica en el fondo: la caída del hombre y su rehabilitación. Niéguese si se quiere; pero expóngase otra teoría que se preste mejor a la explicación del fenómeno. Dónde está? No la hallaremos; porque sin ese dogma, la humanidad ha sido siempre inexplicable para todos los filósofos y para todos los legisladores, y lo es hoy para todos los soñadores de utopías sociales y políticas. Sin él, falta el punto fijo en que ha de subsistir la palanca que mueva la sociedad, y con él filósofos y magistrados se sienten sobre terreno firme y la dirigen sin esfuerzo: los fenómenos se explican, las dudas se aclaran: hay principio.

Un pueblo en paz consigo mismo y en paz con sus vecinos, no fabrica escudos ni corazas, ni levanta murallas, ni oye nunca el bélico sonido del clarín: sus

moradores se entregan tranquilos al cultivo del campo y salen por las fronteras de su patria sin estorbo, sin cuidado, sin temor de que vigilante enemigo aproveche su ausencia para invadir sus posesiones. Tal fue el hombre primitivo, el hombre libre con la libertad de Dios, libre por la impotencia de las pasiones. Pero he aquí que ruge la tormenta, los bárbaros invaden la dichosa patria y traidores encubiertos los auxilian en el interior. Entonces el cultivador echa llave a sus graneros; los pastores recogen sus ganados a la montaña; las vírgenes inocentes se acogen presurosas al maternal regazo, y, dondequiera, la autoridad diligente levanta fuertes y parapetos y da el grito de alarma, y los ciudadanos todos reciben la lanza y el escudo y se ponen en actitud de defensa para guardar sus derechos, su virtud, su libertad. Tal es el hombre libre con la libertad del cristianismo, el hombre regenerado por la religión; tanto más libre cuanto más se defiende contra las pasiones, cuanto más las combate, cuanto más las reduce a esclavitud. Santidad y libertad, pues, se confunden: ser santos, es ser libres.

Ahora bien: una nación será tanto más libre cuanto más moral, y más moral cuanto más religiosa y cuanto más propia sea su religión para reprimir las pasiones. De todas las creencias que se profesan en el mundo, el catolicismo es la única que las refrena todas, y especialmente las más poderosas y perjudiciales a la vida civil y política: la sensualidad a que el Corán concede derechos de ciudadanía hasta en su paraíso, y la codicia, el orgullo y su bastarda hija la rastrera envidia, que el protestantismo deja libres. El catolicismo es, pues, la religión de la libertad.

¿Qué es, pues, libertad? Nuestra sumisión estricta a la ley moral; en otros términos: es la práctica constante de la justicia. No ataquemos el derecho de nadie, ni en la minoría ni en el individuo: reprimamos toda violación del derecho, cualquiera que sea, y habremos establecido la libertad. Y pues todos tienen

idea exacta y uniforme de lo que es justicia, y cada cual se la forja diversa de lo que es libertad, matemamos todo sofisma diciendo **justicia** donde hasta ahora se ha dicho **libertad**. Oh! amigos de la novedad! hacedos novadores. No empleéis ya esas voces apasionadas que la revolución con sus excesos ha hecho caducar en agraz. Hoy la voz **justicia** es nueva, preconizada como tal y tendremos **libertad**!